

LA HISTORIA DE *MEDIOHOMBRE*

Marinero Cojo

Durante los días de mayo me gusta recorrer las calles bulliciosas y llenas de vida de mi hermosa y querida ciudad. Voy a la catedral de Santa Catalina de Alejandría a rezar por los héroes junto a los que luché para que Cartagena de Indias siguiese siendo española. Con gran esfuerzo vuelvo a subir al castillo de San Felipe de Barajas, que conserva las heridas que le causaron los cañones ingleses hace tantos años. Camino hacia el puerto porque disfruto viendo las actividades que allí tienen lugar. Paso horas contemplando los barcos que navegan en la bahía, como hice hace ya muchos años cuando acudía todos los días a ver cómo poco a poco la gran armada inglesa, humillada, partía rumbo a Jamaica tras su derrota a manos de los defensores de Cartagena.

Viejo y cansado, necesito apoyarme en mi bastón para sostenerme y poder caminar. Así que no puedo evitar una sonrisa, recordando la primera vez que vi a *Mediohombre*, perdón a don Blas de Lezo por si me escucha, que había llegado para organizar la defensa de la ciudad y evitar que todos nosotros cayésemos en manos inglesas. Cae la tarde y cuando el sol se prepara para esconderse en el horizonte pintando el cielo y el mar de luminosos colores, regreso a casa donde me espera mi familia.

—¡Abuelo, abuelo!—mi nieto, se abalanza sobre mí.

—Mira lo que me ha regalado papá—en sus manitas hay un barco de madera con velas hechas de tela que me muestra con orgullo.

—Abuelo es el barco del marinero de la pata de palo—lo miro con nostalgia, recordando los tiempos en los que yo solo era apenas un chiquillo que se enfrentaba a quienes pretendían robarle su hogar, su patria.

Cuando reposo en el sillón, mi nieto se sube a mi regazo sin soltar su tesoro y dulcemente me pide que le cuente las aventuras de su marinero favorito, ese que había perdido su pierna en la batalla de Gibraltar en 1704 contra los ingleses con solo 15 años, y que él recita de memoria. Cierro los ojos y después de un suspiro comienzo mi relato.

—Te voy a contar la historia de un niño que vivía en un pueblo del norte de España, la madre patria, a orillas del mar Cantábrico y que soñaba con ser capitán de un barco de la Real Armada. Así que un buen día abandonó su casa para ingresar en la marina. Con apenas 25 años, además de su pierna había perdido la vista del ojo izquierdo en la batalla de Tolón y la movilidad de un brazo en el sitio de Barcelona, luchando contra los enemigos de España. Todo esto no le había impedido protagonizar hazañas excepcionales por las que su nombre era conocido y respetado por sus compañeros de armas. Blas de

Lezo era también temido y admirado por sus enemigos, porque siempre se le ocurrían estrategias geniales para resolver los problemas que surgiesen en la batalla—compruebo que mi nieto me escucha con atención y continúo.

—A pesar de su juventud, en el puerto francés de Rochefort apresó 11 barcos ingleses, y tras abordarlo, remolcó a puerto el buque inglés Stanhope.

—Abuelo, ¿por qué vino a nuestra ciudad el héroe cojo?

—Para eso aún faltan unos años, chiquillo. Primero prestó sus servicios allí donde el rey Felipe V creía que eran necesarios. Estuvo en el Caribe y en los Mares del Sur luchando contra los piratas y corsarios ingleses que allí atacaban las ciudades y barcos españoles. Pero el magnífico militar también participó en la conquista y defensa de Orán, cuando los berberiscos la ocuparon y más tarde la atacaron.

—Abuelo, abuelo, ¿y Cartagena de Indias?

—¡Eres muy impaciente, niño, y yo soy mayor! ¿Recuerdas la Guerra de la Oreja de Jenkins? El rey Jorge II de Inglaterra se enfadó mucho porque el capitán español León Fandiño le envió una advertencia de hacerle lo mismo que al corsario, pirata y contrabandista inglés al que había cortado una oreja, así que decidió vengarse de los españoles. Gracias a Dios, los espías españoles descubrieron sus malvados planes de asaltar nuestra rica y próspera ciudad, para desde aquí ir quedándose con todas las ciudades españolas de América del Sur y dominar así las rutas comerciales más importantes del mundo. ¿Adivinas, niño, a quién mandó el rey a defendernos?

—¡Síííí, al marinero cojo, al marinero cojo!

—Sí, al marinero más valiente y con más inteligencia que tenía España. Don Blas de Lezo zarpó de Cádiz en febrero de 1737 rumbo a Cartagena de Indias. Pero mi niño, los malvados ingleses estaban trazando sus malévolos planes y reunieron la flota de guerra más grande de la historia, superando a la Armada Invencible de Felipe II. A su mando pusieron al almirante Edward Vernon, un hombre más arrogante y vanidoso que dotado para la batalla y que conocía la fama de tu marinero cojo. Y por eso quería vencerle. Confiaba en una victoria rápida y contundente porque nos superaban en todo. Nosotros apenas teníamos media docena de barcos y ellos casi dos centenares. Sus cañones triplicaban los nuestros y nosotros teníamos que luchar con más de diez ingleses cada uno.

—¿Tenías miedo, abuelo?

—Sí, claro que sí, pero mi determinación por defender la ciudad de nuestros enemigos era mayor que mi temor y me daba valor. Mi niño, el 16 de marzo de 1741

Vernon comenzó su intento de conquista definitiva de Cartagena de Indias. Sus barcos bombardearon las fortificaciones de la ciudad que tú bien conoces, para destruirlas al tiempo que los hombres de general Wentworth con sus cañones intentaban desembarcar en la playa de la Boquilla para atacar por tierra las murallas. Puedo asegurarte que nada sucedió como deseaba el inglés. El fuerte de San Luis resistió varias semanas de forma heroica y cerró el canal de Bocachica dando tiempo a Lezo a preparar sus trampas. El 19 de abril, tu marinero cojo mandó construir trincheras en zigzag para poder salir a campo abierto y atacar a los ingleses por dos flancos. Dos hombres se hicieron pasar por desertores y el 20 de abril condujeron a los ingleses a una emboscada. Ese mismo día, cuando los ingleses colocaron sus escaleras hechas a la medida de las murallas comprobaron estupefactos que no alcanzaban la altura necesaria. Lezo había mandado construir un pequeño foso alrededor de las murallas que las hacía más altas que las escaleras, así que los fusileros españoles atacaron con facilidad a los ingleses. ¡Ah!, pero nada parecía acabar con el numeroso ejército inglés, ni las armas, ni los ingenios de Lezo ni la epidemia que estaba causando enormes bajas. Vernon agrupó a sus fuerzas y con todas las armas disponibles se lanzó hacia las puertas de la ciudad. Estas se abrieron, los hombres que podían luchar salieron y atacaron a los ingleses en lugar de defenderse. Ante tal acto de valor, dejando todas sus pertenencias los ingleses dieron la vuelta y huyeron a sus barcos totalmente aterrorizados. Bueno, así fue como tu marinero cojo, Blas de Lezo, el hombre más valiente e inteligente que nunca he conocido salvó Cartagena y el Imperio Español.

—Abuelo, voy a ser capitán de un barco de la Real Armada—mientras, yo sonrío orgulloso.

Pasados días de gloria

Iba a morir. En aquel instante era perfecto conocedor de tal hecho y, a pesar de todo, no le quedaba más remedio que aceptar el final con templanza y resignación. Lo que había comenzado como fiebre lo había llevado a estar postrado en cama varios días después, auspiciando que la situación acabaría de manera funesta.

Siendo consciente en todo momento de su soledad rememoró, no sin cierto dolor, el recuerdo de su familia. Su mujer, Josefa, se hallaba en Cádiz junto con sus hijos. Por tanto, moriría completamente desamparado.

Debido a su actual estado febril tan solo transitaban su mente inconexos pensamientos relacionados con sus pasadas hazañas y todo aquello por lo que alguna vez podría llegar a ser recordado.

Nunca había regresado a su pueblo natal. Una sensación que se asemejaba a la nostalgia parecía querer asomarse en la bruma de sus vivencias. El frío mar Cantábrico estrellándose contra las rocas de los acantilados nunca tenía piedad, mas ahora se le antojaba un escenario idílico.

Abandonó el lugar para entrar en la Armada y poco a poco fue ascendiendo de rango, dejando en el proceso un brazo, una pierna y la vista de uno de sus ojos en las distintas batallas que había tenido que librar.

Había realizado acciones memorables, y, sin embargo, nada se asemejaba a la definitiva defensa de la ciudad de Cartagena de Indias que había desempeñado durante dos interminables meses. Había sido algo que a priori podía parecer imposible, ya que él solo contaba con un ínfimo número de hombres en comparación a los ingleses, pero al fin lo habían conseguido.

Bien sabía que el brillo de todo su renombre fácilmente podría palidecer ante lo que le esperaba más allá de la muerte, puesto que aquellos hitos poco importarían una vez que pereciese, menos todavía si muchas veces no habían sido lo suficientemente valorados.

El Imperio Español le había negado toda notoriedad posible, como si todo lo que hubiese hecho no fuese más que suficiente para, por lo menos, haberle concedido el título nobiliario que tiempo atrás solicitó.

Esto había sido así hasta el punto en el que se encontraba en ese instante, completamente devastado.

¿Qué relevancia tenía ya todo lo que hubiese hecho en vida?

Tras varias horas entre cavilaciones cayó inconsciente. Se despertó tras lo que pareció una eternidad. A su juicio se sentía mucho mejor de lo que había estado los nueve días anteriores, aunque no se confiaba respecto a que su mal pudiese remediarse milagrosamente.

Llamó a su secretario para realizar las gestiones relacionadas con sus últimos momentos de vida. Dispuso todo lo concerniente a la educación de sus hijos y mandó avisar a un sacerdote para que le diese la extremaunción.

Cuando este llegó exclamó con la acostumbrada fórmula en estas ocasiones:

—La paz sea a esta casa.

—Y a todos los que habitan en ella. —Contestó el marino, siendo esta la respuesta conveniente.

A continuación, prosiguió con la lectura de las pertinentes letanías y pasajes bíblicos. Lo subsiguiente fue la confesión, siendo así exculpado de sus pecados. Posterior a la comunión vino la unción del óleo.

Ya únicamente le quedaba esperar la muerte.

Era sumamente curioso el paralelismo implícito entre esa situación y las distintas batallas que había librado. Consideraba que debía de hacer gala del mismo valor y entereza que anteriormente había demostrado.

Esto fue lo que evidenciaron los últimos instantes de su vida. Toda la gloria que una vez llegó a obtener se desvaneció, en pos de lo que la muerte le deparaba.

Blas de Lezo y Olavarrieta falleció a las ocho de la mañana del día siete de septiembre del año mil setecientos cuarenta y uno.